

**CUENTO N° 166**

**TÍTULO: NATURAL...MENTE**

**SEUDÓNIMO: ROLO**

## NATURAL... MENTE

## ROLO

La familia Gómez Buzeta, vivía en el alto del sector de Polcura denominado El Pajal, ubicado desde Concepción hacia el oriente. Es un paraje con una vegetación arbórea abundante, compuesto de pinos y eucaliptus, que se plantaron con el objeto de comercializarlos. Existían también algunos sectores de bosque nativo, eucaliptus y pinos silvestres y frutales, sobresaliendo el durazno morado o llamado también el durazno betarraga, otras frutas como las rastreras compuestas de moras y fresas, que completaban el encanto al mirar a la parcelita. Era como tener en la mano un ramo de flores.

Todo el sector de El Pajal tenía la misma característica, donde esta vegetación no permitía distinguir los límites de cada parcela. El bosque presentaba algunos claros entre medio de los árboles que invitaban a visitarlos y al que las niñas constantemente frecuentaban, siendo de esta manera un espacio de acogida, de encuentro acostumbrado y de esparcimiento en primer lugar.

Los padres trabajaban en el sector de Polcura, la madre en trámites legales en la Municipalidad y el padre en una oficina de construcciones de maderas. Durante la temporada alta se cosechaba todo lo que la parcelita producía. Por vivir en tan encantador espacio, las niñas estaban dichosas y agradecidas de que los abuelitos les hayan dejado ese lugar sublime para vivir. Encantos que transmitían con mucha fuerza, para que se sumaran al respaldo, cuidado y respeto por la Naturaleza. Ellas estaban encantadas con la parcelita y colaboraban en todo lo que les pedían, especialmente donde les gustaba estar, que era en el bosque nativo cerca de los frutales, donde crecían y se desarrollaban todas las plantaciones.

En ese invierno ocurrió algo que no habían visto ni sentido nunca. Tanto fue así, que al escuchar los primeros ruidos, corrieron a su casita de adobe, a buscar protección donde su abuelito. ¡Abuelito, abuelito, están haciendo tira el

bosque! El abuelito, preocupado, salió lo más rápido que pudo y entendió de inmediato lo que estaba pasando.

Era el sector donde faenarían todos los árboles exóticos como los eucaliptos y pinos en edad de esa operación, cortándolos desde su base y después trozándolos de acuerdo a su comercialización: leña, tablonés y otros cortes transversales de troncos. Junto a toda esta maniobra, los gritos de los trabajadores y ruidos de sierras, tractores, camiones, transformaban ese lugar apacible en un verdadero infierno, donde no se podía estar. Las niñas se encerraron a ver televisión durante una semana y al final cuando se escuchaban pocos ruidos, se asomaron y sollozaron como reacción inmediata, porque los árboles de ese sector habían desaparecido, quedando solo matas de árboles que se encontraban en desarrollo. El abuelito tuvo que explicarles tristemente lo que había sucedido, no siendo para nada justificable tal desaparición.

Vieron que era muy difícil caminar entre matorrales que aún se sostenían y entre tantos troncos cortados y ramas despuntadas. Por lo tanto, se fueron a su lugar cotidiano de visita, donde vivían los árboles nativos y sus huertos. Reían de felicidad, porque ningún árbol había sido tocado y se prometieron que los defenderían poniéndose delante de ellos y protegiéndolos con sus brazos, rodeándolos para que nadie nunca se acercara.

Ponían su carita en los troncos prometiéndose el juramento anterior. Notaron que el follaje de los árboles se mecía sin que hubiera algún tipo de viento que soplara. Ellas se alejaron del lugar y mirándolo desde lejos vieron que todos los árboles estaban en la misma sintonía, como si estuvieran bailando. Las hermanitas abrazaditas bailaban imitando al bosque nativo. Otros habitantes se sumaron al coro, como los zorritos que aullaban, juntos a las aves que también participaban en esa sinfonía de tonalidades. Al final del baile quedaron exhaustas por el largo recorrido que hicieron bailando en torno al bosque, y se fueron a la casa dichosas.

En los días siguientes, todavía conmovidas por la experiencia vivida el día anterior en el bosque, llegaron a su escuelita y lo primero que hicieron fue contarle a su profesora, una joven pedagoga con ascendencia mapuche, la maravillosa experiencia que tuvieron. Sobre el asalto del que habían sido objeto, y cómo habían reaccionado los habitantes del bosque incluidos los árboles. Sus relatos impresionaron tanto a su tía Flor, que de inmediato propuso al curso: “Niños, ¿les gustaría a todo este curso, ir al bosque de la casa de las hermanitas?”, y como las niñas habían comentado con sus compañeros de curso toda la experiencia vivida, todos gritaron que sí, menos una compañera, que preguntó si los árboles hacían magia. Aclarada la pregunta, Flor muy ejecutiva pidió a los niños unos minutos para ausentarse y resolver el día de visita. Mientras tanto dijo que podían seguir preguntando y conversando con las hermanitas.

Pasados veinte minutos, vuelve la profe muy contenta, pide silencio al curso y comunica lo siguiente: el director del establecimiento autoriza para que este quinto año pueda, pasado mañana, realizar un paseo al bosque. La escuelita dispondrá de un jugo y una merienda para cada alumno. El bus saldrá a las nueve de la mañana desde la escuelita. Surgió alguna que otra pregunta, y siendo todas contestadas, se dio por terminada la reunión, comenzando las clases habituales correspondientes.

Llegó el día del paseo. Todos los niños con sus uniformes y la profe se veían radiantes. Llegaron al bosque en el lugar señalado por las hermanitas. Bajaron sus meriendas en bolsas correspondientes y se encaminaron al claro. Mientras caminaban, iban observando a los árboles como se mecían. Se veían impresionantemente altos y en la copa de ellos se podían ver sus movimientos.

También observaron a otros participantes como los zorritos de colores grises intensos, los tordos de un negro azabache brillante. Los alumnos iban con sus

delantales celestes eléctricos, los copihues de un rojo granate delicado, Flor con su delantal amarillo oro y un cintillo rojo copihue al pelo. La profesora al ver este imponente teatro de los sueños, les ordenó a sus alumnos que hicieran una ronda y comenzaron a danzar en el claro, cantando, mientras los árboles se mecían más aproximados a unos con otros en la copa y como tomados de la mano con sus lianas que atravesaban a varios de ellos. Se sumaban a este coro los zorrillos que aullaban y tordos que cantaban. Se tomaron algunos minutos para sentir cómo se expresaba la Naturaleza en todo su esplendor. Las niñas y los niños miraban a las copas de los árboles preguntándose ¿qué es lo que estaba pasando? ¿Era un encantamiento? Transcurrieron varios minutos de ensoñación, al final del cual todos los niños terminaron exhaustos y corrieron a consumir su merienda. Las caritas de alegría, los comentarios y cientos de preguntas a su profesora alternaban con su consumo y dicha. Agradecían a las hermanitas Gómez Buzeta por tan fantástica invitación. Muchos niños preguntaban qué tipos de árboles eran, para pedirselos a sus padres. Se terminó la jornada con un llamado de la profesora para que todos agradecieran a la Naturaleza por tan lindo espectáculo. El abuelito, que se había sumado al paseo, agradecía también a la profesora y le comentaba que el movimiento de los árboles era producto de entrada de más viento desde que se empezaron a faenar las plantaciones y abrir los espacios, permitiendo el acceso de más corriente de aire, que movía a los árboles. Asintió la profe esta explicación, pero se quedaba con el sentir de sus nietas.